

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

35

JULIO-SEPTIEMBRE

1949

IMPRESA UNIVERSITARIA

FILOSOFIA Y LETRAS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

35

JULIO-SEPTIEMBRE

1949

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

LIC. LUIS GARRIDO

Secretario General:

LIC. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$7.00
Exterior	dis. 2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs.
José Gaos	<i>La "cura" en Goethe y Heidegger</i> 9
José M. Gallegos Rocafull	<i>Ideas del "Fausto" para una filosofía de la historia</i> 27
Eduardo Nicol	<i>El mito fáustico del hombre</i> 47
Francisco Monterde	<i>Aspectos de la elaboración del "Fausto"</i> 65
Rudolf Steiner	<i>Goethe como fundador de una nueva estética</i> 79
Iso Brante Schweide	<i>Goethe, masón</i> 99

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Augusto Salazar Bondy	<i>Sentido y sinsentido.</i> (Blumenfeld Walter.) 121
Francisco López Cámara	<i>¿Qué es la Ciencia?</i> (Szilasi Wilhem.) 126

	Págs.
Javier Tavera Alfaro	<i>El optimismo nacionalista como factor de la Independencia de México.</i> (Luis González y González.) 130
Juan Hernández Luna	<i>Epistolario y papeles privados.</i> (Justo Sierra.) 134
Elena Orozco	<i>Las corrientes literarias en América hispánica.</i> (Pedro Henríquez Ureña.) 139
Félix Gil Mariscal	<i>Los senderos fantásticos.</i> (Jaime Fernández Gil de Terradillos.) 145
J. H. Luna	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.</i> 149
Publicaciones recibidas	157
Registro de revistas	159

IDEAS DEL "FAUSTO" PARA UNA FILOSOFIA DE LA HISTORIA

A finales ya de su vida, cuando podía verla desplegada a sus pies, revelándole por fin el secreto de su destino que tan ansiosamente buscó a lo largo de toda ella, Goethe lo resume así: "Yo soy un libertador." No voy a tratar de desentrañar el sentido íntimo de esta frase, sobre el que ha especulado Ortega con tan sagaz y profunda finura. Quiero simplemente escudarme en ella para libertarme de ese Goethe olímpico y majestuoso, ante el cual no cabe más que la admiración silenciosa y... estéril. Quiero que Goethe me libere de Goethe y me deje acercarme a él sin osadía, pero sin encogimiento, para rastrear afanosa y tenazmente en su desmesurado campo ideas que se mezclen con las mías y les den vigor y claridad. Ya sé que mis problemas, los de nuestro tiempo, no fueron los que él directamente tuvo ante sus ojos — ojos clarividentes, intelectuales, en los que de nuevo se hizo actual la fusión griega del ver con el pensar. Pero ¿qué sería del genio de Goethe si su mensaje no fuera vivo y fecundo también para nosotros? Liberémonos de la belleza dura y fría del Goethe estatua, y dejemos que el otro, el que vive, piensa y habla en su obra, dialogue con nosotros y traiga su luz a nuestro nublado horizonte.

Ese es el trato que el mismo Goethe quiere que le demos. Sabe él que cada una de sus líneas lleva dentro todo un mundo, y desafía, más bien que invita, a la posteridad a que agote su contenido. Del *Fausto* dice en una carta a Zelter: "Creo sinceramente que una inteligencia despejada, un entendimiento recto y lúcido, tendrá que trabajar no poco para hacerse dueño de todos los secretos que he involucrado en mi poema." Y a Eckerman le confiesa: "El Fausto es un tema incommensurable y vanos serán todos los esfuerzos que haga el ingenio para pe-

netrarlo del todo." Y lo más tremendo es que esa, al parecer, volcánica explosión de vanidad, es literalmente exacta. Por el tiempo (3 de enero de 1830) en que hacía esta confesión, ya sin conocerla la había justificado otro gran poeta alemán, el desventurado Hoelderlin, en estos versos, que con otros suyos sirvieron a Heidegger para descubrir la esencia de la poesía :

Derecho es nuestro, de los poetas, de vosotros los poetas,
 bajo las tormentas de Dios, afincarnos, desnuda la cabeza;
 para así con nuestras manos, con nuestras propias manos,
 robar al Padre sus rayos;
 robárnoslo a El, a El mismo,
 y, envuelto en cantos,
 entregarlo al pueblo cual celeste regalo.

No es cosa de reproducir aquí, y menos de criticar, la trascendencia filosófica que Heidegger da a estos versos. Ellos mismos nos dejan la patética emoción de que efectivamente poesía es "ese nombrar, fundador de dioses y fundador también de la esencia de las cosas. Y morar poéticamente significa plantarse en presencia de los dioses y hacer de meta a la esencial inminencia de las cosas." Goethe no es un filósofo; más aún, se ha dicho de él que muchas veces con sus ideas estropea sus intuiciones; pero leyéndolo sentimos que también su poesía "no es un decir cualquiera, sino precisamente aquel que por primigenia manera saca a la luz pública todo aquello de lo que después, en el lenguaje diario, hablamos nosotros con redichas y manoseadas palabras." ¿Cómo ese sucio y torpe manoseo va a agotar la palabra con que Goethe nos entregó, envuelto en cantos, el rayo que robó a los dioses? Cada uno ha de recibirlo de su obra misma, de la palabra viva en que lo encerró. Los intermediarios —y sobran las pruebas en la abundantísima literatura que sobre él hay— desorientan y confunden mucho más que aclaran y guían.

Ante la obra de Goethe se impone el mismo respetuoso silencio que rodeaba a su persona, sobre todo en los últimos años de su vida. Un silencio, henchido de promesas, en el que él mismo nos revele alguno de los innumerables aspectos de su riquísima intimidad. Si me atrevo : interrumpirlo, Dios bien sabe que no es porque crea conocer a fondo su pensamiento, ni mucho menos poder interpretarlo. Busco tan sólo apoyar mis palabras en la suya y mostrar con un ejemplo cómo su pr

IDEAS DEL "FAUSTO" PARA UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

funda verdad poética ilumina todos los caminos. El que he escogido para que a su luz ahora lo recorramos juntos, es el de la visión que de la historia nos da Goethe en el *Fausto*.

Si en vez de pura poesía, Goethe hubiera querido hacer filosofía de la historia, es muy posible que, como su homúnculo, hubiera ido revoloteando de un lado para otro hasta saber hacia cuál era "más razonable volverse". Propósito bien ambicioso, que es, sin embargo, el que anima toda visión filosófica de la historia: encontrar su racionalidad. En el segundo *Fausto* se nos da un apretado resumen de la realidad histórica, y si, efectivamente, en ella no hubiera más que lo que allí se dice, por fuerza habría que concluir que es irracional y absurda. Los más autorizados personajes del reino certifican, en efecto, que en todo él no hay más que injusticias, violencias, codicias, escasez, miseria... Pero ¿qué saben de lo que pasa en el mundo, en sus capas hondas, cancillerías, generales, ministros y emperadores? Las exigencias del presente los tienen encandilados, haciéndolos ciegos para el pasado y para el porvenir; están tan ansiosos de recursos prácticos que, en vez de dar un curso racional a los acontecimientos, indefectiblemente se dejan embarcar por el arbitrio mefistofélico. No; de este lado no está la racionalidad. Esos brillantes personajes no son más que eso: cómicos, buenos o malos, que representan un papel, recitan palabras ajenas y van preparando con sus actos un desenlace que ni quieren, ni mucho menos han previsto. Para encontrar la razón de la historia habría que verla en su totalidad, explicar el pasado por el porvenir, contemplar de una buena vez el fin al que por los meandros del tiempo van convergiendo con la fuerza inexorable del sino las diversas corrientes históricas. En suma, la razón de la historia está fuera del tiempo, del lado de la eternidad. Goethe, que no es cristiano, que confunde panteísticamente a Dios con la naturaleza, cuando va a darnos su genial visión de la historia, nos trasporta a los cielos y, en un prólogo que parece inspirado en el libro canónico de Job, nos da la clave de todo el acontecer histórico en la intervención de los dos grandes principios que se van revelando en el tiempo: el del bien, que es inteligencia y amor, y el del mal, que es negación y odio.

Del primero apenas si nos habla Goethe. Prefiere que obre y con su acción hable. A él le corresponde, no la primera palabra, sino la última. Fausto piensa que en el principio no era el verbo, ni la fuerza, ni

el espíritu, sino la acción. Y la acción, que hizo nacer al mundo y en él al hombre, perdura a través de la historia ordenando sus acontecimientos tan fácil y armoniosamente como el jardinero arregla y cuida sus flores. Ni tiene prisa, ni quiere acotar su dominio: lo que pudiera hacer en un instante, deja que se vaya desplegando en el tiempo; la tierra, engalanada por él con sus mas bellos atavíos, está abierta a las fuerzas de la naturaleza, buenas y malas. ¿Cómo las mudanzas de los tiempos y los ímpetus naturales van a poder trabar la acción de él, que es "el poder que vive y obra eternamente? El principio de la historia está fuera de ella." También su fin. Cuando llegue el del tiempo, el Señor de las milicias angélicas dirá su palabra, la que Fausto no encontró en sus ardientes horas de meditación y tuvo que sugerírsela el sollozante balbuceo de Margarita al final de su vida. Por su mortal agonía recobra el valor que los hombres, de tanto resobarla y prostituirla, le han quitado: en el fin, como era en el principio, será el amor.

A él se oponen la negación y el odio, ese *Mefistófeles charlatán*, socarrón, chabacano, astuto, cínico y, a pesar de su malicia, irremediabilmente ingenuo. Desde el principio se presenta tal como es, y su fuerza le viene en gran parte de esa ostentación que hace de su manera de ser. "Soy, le dice a Fausto, una parte de ese poder que siempre quiere el mal y siempre obra el bien." Y todavía añade: "Soy el espíritu que niega siempre y con razón, pues todo cuanto tiene principio es digno de ser destruído y, por lo mismo, mejor fuera que nada viniese a la existencia. Todo aquello que vosotros llamáis pecado, destrucción, mal, es mi propio elemento." Para negar, estira y adelgaza las cosas y los conceptos hasta que se quiebren de puro sutiles; anda siempre en la frontera, por esa raya difusa que separa al ser de la nada, en "aquel punto en donde vosotros los mortales perdéis el seso". En esos dudosos límites le es más fácil disfrazarse y esconderse para realizar su obra con más eficacia y menos hostilidad. Cuando ya está consumada, de la humareda que la ocultaba sale el relámpago de odio que a Fausto le hace ver tan claramente que es "un compañero de oprobio, que se alimenta de la carnicería y se deleita con la destrucción". Más perspicaz Margarita, le bastó verle para dar de él su definición más exacta: "En la frente lleva escrito que a nadie puede amar."

Esta somera caracterización de ambos principios basta y sobra para comprender que sus poderes distan mucho de estar equilibrados;

IDEAS DEL "FAUSTO" PARA UNA FILOSOFIA DE LA HISTORIA

el bien tiene sobre el mal la misma superioridad que el ser sobre la nada; más aún, la misma existencia del mal está ligada a la aportación que hace a la obra del bien, como reconoce el mismo Mefistófeles. La dialéctica que Goethe admite se basa en una rigurosa subordinación del mal al bien, por virtud de la cual Mefistófeles, sin quererlo ni proponérselo, contra toda su voluntad, coopera siempre a la salvación de Fausto. En el plan eterno que se va desplegando en el tiempo, está prevista la intervención del mal y su utilización de manera que contribuya a la obra del bien. Tiene Goethe buen cuidado de advertirnos que Mefistófeles ha necesitado un especial permiso para tentar a Fausto, y que se le concede tan sólo porque, en definitiva, en lugar de obstaculizar los designios celestes, coadyuva a que se realicen. "Harto fácilmente —dice el Señor— puede relajarse la actividad del hombre y no tarda en aficionarse al reposo absoluto. Por esta razón le doy gustoso un compañero que, debiendo actuar como diablo, le incite y ejerza influencia sobre él." Y lo hace tan bien, que a Fausto le resulta imprescindible esa incitación satánica que acelera el ritmo de su sangre, aun sabiendo por experiencia cuáles son sus intenciones. "A la par que un arrobamiento que me transporta cada vez más cerca de los dioses —le confiesa al Espíritu de la tierra— me diste el compañero de quien no puedo ya privarme, a pesar de que, frío y procaz, me humilla a mis propios ojos y con un soplo de su palabra reduce tus dones a la nada." Desgarrado, suspenso entre los dioses y la nada, comprende que esa es su condición propia y concluye como a desgana: "Es menester que haya también esta casta de pajarracos."

Necesario exclusivamente para el hombre y para su historia. En el trasmundo, a que sólo por un momento nos transporta Goethe, no hace ninguna falta; allí sólo hay racionalidad pura: el mal está totalmente aniquilado por el bien; por eso está fuera de la historia. La necesidad de Mefistófeles, tal como parece entenderla Goethe, muy apartado de la ortodoxia católica, está ligada a la existencia de un ser contingente y, por lo mismo, histórico, en el que puede oponerse con ciertas probabilidades de triunfo al principio del bien. Toda filosofía de la historia presupone y se basa en una antropología. La que hay detrás de Fausto exige imprescindiblemente la presencia de Mefistófeles; por ser el hombre finito y limitado lleva en su mismo ser la negación. Mefistófeles no es un compañero que lleve al lado, sino parte de él mismo, un ele-

mento tan suyo que corre por todo su cuerpo con la sangre de sus venas y se mete en sus pensamientos desde antes de que nazcan. Mefistófeles se burla cruelmente de este diosecillo de la tierra, extravagante, bestial e inquieto, que salta sin saber donde va a caer y lo mismo viene a dar en una flor que en un muladar. Sus sarcasmos están justificados, pero tan sólo a medias, porque eso no es más que una parte de la verdad, precisamente aquel aspecto del hombre en que más visible es su huella. También es verdad que Fausto está cerca de los dioses, que en la oscuridad busca la verdad y que algún día ha de gozar de la luz y del amor. Ni un dios ni la pura nada, sino la doble y contradictoria tendencia de acercarse tan pronto al uno como a la otra. Lo único que Fausto hace a lo largo de toda su vida es decidir lo que ha de ser; a cada momento tiene que optar por seguir los consejos de Mefistófeles o por escuchar la apremiante llamada última de Margarita. La naturaleza que al nacer ha recibido comporta toda una serie de posibilidades, y su trágico sino es realizarlas de una manera o de otra. Lo que en modo alguno puede hacer es quedar encerrado dentro de sí mismo; no tiene más remedio que trascenderse, poniéndose en comunión de algún modo con esos dos grandes principios, que a través de él entran en el tiempo y forman la trama de la historia. Ha sido enviado (*missus - misión*) a este mundo con la misión de encarnar al uno o al otro; así es como acaba de hacerse hombre y así es como ocupa su puesto en el mundo y en la historia.

La leyenda de Fausto está, pues, construída sobre ideas como la finitud, la libertad, la trascendencia, el sino y la misión, que son a la vez categorías fundamentales de la filosofía de la historia. Por ellas la historia en su vertiente más profunda se convierte en la azarosa conquista, afirmación y desarrollo que el hombre ha de hacer de su propio ser frente a la amenaza y los ataques de la nada. El vertiginoso acontecer histórico es como la fuerte marejada que atestigua en la superficie las furiosas batallas que allá, en las profundidades, mantiene el hombre para ser el que es y no quedarse en borroso boceto, para agotar hasta el último jugo de sus posibilidades de existencia o permanecer, como con evidente exageración decía Ortega del mismo Goethe, en pura y negativa disponibilidad. Por su finitud, en el mismo ser del hombre está desde siempre anidado el espíritu de negación; en el tiempo trata el hombre, trascendiéndose, de ampliar su propio ser, mientras que el

IDEAS DEL "FAUSTO" PARA UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

sombrió hueco del no ser, que también lleva en él, va ensanchándose por todas las formas de la negación, cuyos tres grandes aliados temporales son el mal, el odio y la muerte. Vista desde este ángulo, la historia es el desplazamiento de la finitud humana, fruto del mestizaje de la afirmación con la negación, hacia la infinitud a través de la contradicción; el genial esfuerzo con que el limitado y finito ser del hombre supera la negación que constitutivamente lleva en sus entrañas y la utiliza para afirmarse, convirtiendo en estímulo y brío el mismo riesgo a que su finitud le expone.

Concebida así la historia, es obligado admitir que no todos los hombres pueden tener en ella la misma función, porque no todos luchan del mismo modo por vencer su propia finitud. Sus diferencias personales repercuten en la distinción, tan usada en filosofía de la historia, entre el pueblo y el héroe, al que Goethe da el especial sentido que adquiere por su comunicación con el mundo de los valores. ¿Quién es el que en puridad cuenta en la historia: el héroe o el pueblo? La visión de Goethe es decididamente aristocrática. Claro que el pueblo tiene una participación innegable en el devenir histórico, decisiva tal vez en los momentos culminantes; pero siempre en torno del héroe. Su experiencia como ministro se infiltra en su poesía y no le deja tener grandes esperanzas en la acción del pueblo sin sus jefes naturales. "Alégrese uno —le hace decir a Fausto— de que el pueblo se multiplique, viva con holgura a su modo, y hasta se eduque y se instruya... y no se cría más que rebeldes." Esos artesanos, estudiantes, mozas, viejas, señoritas, burgueses, soldados y mendigos que llenan los campos y ciudades con el estrépito de sus afanes cotidianos, no pueden ser más que el coro de la historia, la oquedad en que encuentran su eco los apetitos y hechos triviales de las diversiones, los negocios, los casamientos, los fracasos de la política y las desgracias de las guerras. Son genticilla de poca monta que, como los concurrentes al bodegón de Auerbach, mientras no les duela la cabeza, "viven alegres y exentos de cuidados con tal de que les fie el tabernero". En el segundo *Fausto* muestra Goethe bajo forma simbólica y abstracta los móviles que, como los hilos a las marionetas, hacen bailar a esa abigarrada multitud la grotesca danza de sus vidas. Son el temor y la esperanza, las Gracias y las Furias, las Ninfas y las Parcas la prudencia y la avaricia, los sátiros y los lúbricos faunos, en definitiva, lo mismo que al héroe, la naturaleza y la poesía. Lo que los hace

pueblo, esto es, coro y no protagonistas de la historia, es que tienen cerrado el acceso directo a esas dos grandes fuentes de vida y necesitan de un Fausto que haga de canal para que lleguen sus aguas hasta ellos. Sin duda tienen grandes virtudes y, debajo de ellas como su raíz, una capacidad de amor, por la que desempeñan una función de vital importancia en la historia; pero no pueden realizarla hasta que no se vertebren bajo el caudillaje del héroe. Si se los deja solos, confundirán la embriaguez con la libertad, y con sus pasos de beodo se saldrán de la marcha de la historia. En resumen: "Con los pequeños se obran pequeñas acciones; con los grandes, el pequeño se vuelve grande."

La historia recoge y se beneficia de esa jerarquía que establece entre los hombres su diversa talla espiritual. Los pequeños tienen que engrandecerse uniéndose a los grandes, y los grandes lo son porque se han elevado hasta los dioses. Mientras el destino de los unos es volar "tan alto, tan alto, que le dí a la caza alcance", como decía nuestro San Juan de la Cruz, los otros, según Goethe, "sombras son que quieren llegar a los dioses, mas hállanse condenados a parecerse siempre a sí mismos". ¿Qué más igual a sí mismo que ese profesor pedantón y omnisciente, torturador del espíritu, fuego fatuo sin luz ni calor, amigo de dar nombres rimbombantes a lo que ni conoce ni puede conocer, que año tras año repite ante un auditorio temeroso y aburrido la monótona cantinela de un saber petrificado y muerto? El protagonista de la historia, por el contrario, se renueva siempre, porque siempre mira cara a cara a los más altos valores; no importa que sepa poco o mucho, pero sí que de su saber se saque oro puro y no feos y sucios carbones. Si se pusiera a "dar cabezadas, a cavilar, a soñar, a examinar", sus timideces y prejuicios se interpondrían, como una pantalla, entre sus ojos y la vida, impidiéndole vivirla y más aún dirigirla, hacer historia. El héroe no ha de ser forzosamente lo que hoy se llama un intelectual, aunque sea el poeta quien anda más cerca de los dioses; en tiempo de Goethe hicieron historia Voltaire y Robespierre, Napoleón y Lord Byron, los hombres conocidos o anónimos que abrieron nuevos cauces a la vida humana. Su denominador común es el genio, la inspiración, el sino o como quiera llamarse a esa fuerza misteriosa que pone en sus manos la suerte de los pueblos o de los tiempos.

Su aparición, brusca, irregular, caprichosa, no rompe la continuidad histórica. Pudiera parecer que Goethe, que vincula tan exclusivamente a

IDEAS DEL "FAUSTO" PARA UNA FILOSOFIA DE LA HISTORIA

ellos la marcha de la historia, no tiene en cuenta al pasado. Si lo tuviera ¿cómo podría mofarse tan cruelmente de los que viven consagrados a conservarlo y transmitirlo? Y, sin embargo, arrastrado por la evidencia, no tiene más remedio que hacer que Fausto, antes de conquistar el porvenir, se apodere del pasado. El mismo Fausto nos confiesa que estudió a fondo filosofía, jurisprudencia, medicina y ¡ay! teología; de vuelta de tan largo recorrido por la ciencia tradicional, sólo trae esta conclusión: "No me figuro saber cosa alguna razonable, ni tampoco imagino poder enseñar algo capaz de mejorar y convertir a los hombres." El pasado no le suministra ni saber racional, ni saber de salvación. Lo que sirvió en otro tiempo, ya no sirve. Otra vez a cielo raso; otra vez a recomenzar de nuevo. Una conclusión terriblemente descorazonadora, si no estuviera ya en ella el gérmen de una esperanza. Porque encuentra muerta la letra del pasado, porque ya vive del espíritu del porvenir. Está ya de espaldas al pasado, mirando el porvenir, tratando de llenarlo con su obra creadora. Desde ese momento, su humanidad se adelgaza y sutiliza hasta hacerse toda ella limpio cristal en que se reflejan las ideas madres, eternos arquetipos de todas las cosas, ensimismadas en una soledad ajena al tiempo y al espacio. Ellas son la verdadera Helena, la belleza inmortal en la que quiere engendrar hijos de su espíritu el enamorado Fausto. Su estado de demoníaca inspiración, esa ansia incoercible de consagrarse a su obra con amor, con adoración, con delirio, y de pasar "a través de los horrores, de las ondas y del oleaje de las soledades" a la tierra firme de las realidades verdaderas, lo unge como protagonista de la historia, a él que "osa luchar con los espíritus y asegurar el vasto y doble imperio" de lo ideal y de lo real.

Esa lucha desigual en la que flaquea, yerra, cae y de nuevo vuelve a empezar; ese continuo esfuerzo por superarse a sí mismo y hacer de lo que ya es punto de partida de lo que va a ser; ese constante empeño de materializar al espíritu en sus creaciones y de espiritualizar a la materia infundiéndole un sentido, es la esencia misma de la historia, la profunda razón de todas sus vicisitudes, que no son más que ocasión o pretexto de que esos hombres ungidos por los dioses realicen su misión. Los hechos históricos, además del por fuera, tienen un por dentro, la significación profunda que reciben, no de la ondeante multitud, sino de esos héroes, en cuyo pecho brota la armonía y en cuyo corazón se reconstruye el universo. Ellos marcan los tiempos y señalan las edades

de la historia. "Lo que llamáis espíritu de los tiempos, declara rotundamente Fausto, no es en el fondo otra cosa que el espíritu particular de esos señores en que los tiempos se reflejan."

En ellos se condensa también todo el pueblo. Precisamente son los mejores porque llevan en su alma los dolores y las necesidades de todos los demás. Goethe, que odiaba igualmente ser llamado demócrata o aristócrata, encuentra la manera de hacer una síntesis con el contenido más valioso de ambos términos. El héroe, que por ser el mejor está más cerca del espíritu, con este contacto se democratiza en cierto modo convirtiéndose en representante de su pueblo, cuando no de toda la humanidad. Sin dejar de ser el que es, se universaliza; cada uno de los actos de su alma —pensamiento, emoción, idea— se agranda con esa tácita delegación que la naturaleza le ha confiado y, siendo siempre suyo, es a la vez de todos esos a quienes representa. Fausto tiene clara conciencia de esa corona, símbolo a la vez de poder y de sufrimiento, que lleva sobre su cabeza, y la acepta gustosamente, aun sabiendo el desastroso fin a que le lleva. "Mi corazón, dice a Mefistófeles, curado ya del afán de saber, no debe cerrarse de hoy más a dolor alguno, y lo que está repartido entre la humanidad entera quiero yo experimentarlo en lo íntimo de mi ser; quiero abarcar con mi espíritu lo más alto y lo más bajo, acumular en mi pecho el bien y el mal de ella, extendiendo así mi propio ser al suyo y, como ella misma, estrellándome yo también al fin." Su misión es vivir por todos y, consiguientemente, hacer vivir a todos. Ese extraordinario privilegio se paga con el sufrimiento. "Todo el dolor de la humanidad hace presa en mí", se queja Fausto.

Tal vez para consolarse, ya en las postrimerías de su vida, se entrega a la acción, de la que equivocadamente pensó que era al principio. Entonces exige hasta con violencia que el pueblo le obedezca. Por los campos del mundo se pone a gritar estentóreamente: "¡Fuera de la cama, vosotros mis servidores, uno por uno! Poned felizmente de manifiesto lo que con audacia concebí. Empuñad los útiles, ponéd en movimiento pala y azadón. El plan diseñado debe llevarse luego a feliz término." ¡Qué terrible confesión de impotencia tras la aparente arrogancia de esas imperiosas palabras! ¡Qué miedo, pese a todas sus convicciones aristocráticas, a que su obra se frustre por falta de cooperación popular! Tan incompleto está el héroe sin el pueblo como éste sin aquél. Y eso que la ayuda material que le preste para que sus sueños se realicen,

no es, ni mucho menos, el mayor de sus servicios. Día vendrá en que se inviertan los papeles y sea el pueblo quien haga vivir de verdad al héroe. Mientras tanto ¡con qué intenso placer oye Fausto el bullicioso movimiento de la colmena humana! "¡Cuánto me deleita, exclama, el ruido de las azadas! Es la multitud que trabaja a mi servicio, que reconcilia a la tierra consigo misma." Ya está ahí integrada la unidad histórica: el héroe con su séquito, el personaje principal con el coro que da resonancia y realidad a sus palabras. Ahora ¡a la obra! Por fuera podrá ser cualquiera de esas de que está llena la historia; por dentro es siempre conquista y afirmación del ser humano en la libertad. "Quisiera ver, dice Fausto descubriendo el más recóndito de sus sueños, una muchedumbre así en continua actividad, hallarme en un suelo libre en compañía de un pueblo también libre. Entonces podría decir al fugaz momento: Detente, ¡eres tan bello!" La conquista definitiva de la libertad, ese fugaz momento tan bello, sería el último de la historia.

Mientras que no llegue, el héroe con su pueblo seguirán uncidos al carro del tiempo, tratando de conseguir a través de él la plenitud humana que les falta. La principal arma de que se valen es la inquietud, cuya función histórica describe así Goethe: "A aquel que está una vez en mi poder, de nada le sirve el mundo entero; para él desciende una eterna lóbreguez; para él no sale ni se pone el sol; teniendo sentidos exteriores perfectos, anidan las tenebras en su interior. De ningún tesoro sabe ponerse en posesión. Felicidad y desdicha resultan quimeras; se muere de hambre en el seno de la abundancia; sean delicias, sean pesares, todo lo remite al día de mañana; sólo está atento al porvenir y así no acaba nunca." ¿Qué es la historia sino la afanosa conquista del porvenir, el ansia de conseguir mañana lo que hoy no se tiene? Las historias se escriben mirando al pasado; la historia se vive de cara al porvenir, que está ya ahí, detrás del presente, aunque la mayoría no lo vea. Para que se haga a todos visible, hay que darle cuerpo y realidad, aunque no sea más que la bien precaria del sueño. Se conquista el porvenir soñándolo, forjando un proyecto que despierte ilusión y entusiasmo. Sus formas son muy diversas; su fondo es siempre el mismo: La escasez de hoy (de justicia, de verdad, de bien, de paz, de comodidad...) desaparecerá en la abundancia de mañana. Como al héroe corresponde la conquista del porvenir, la inquietud hace presa en él con mayor furia. En la hartura de los demás, el héroe se muere de hambre. La poca estima que hace

de todo lo que tiene al alcance de la mano, le deja en franquía para aventurarse por el mar tenebroso del futuro. Lo mismo puede naufragar que encontrar un nuevo mundo. Ese es su sino; siempre bajo las tormentas de Dios, luchando tenazmente por arrebatarse uno de sus rayos.

Y ¿si fracasa? Pero ¿cuál no fracasó o, por lo menos, no estuvo bordeando siempre el fracaso? La raíz metafísica de la inquietud del hombre es su finitud, esto es, su aspecto negativo, que es ya del dominio de Mefistófeles. Su negra sombra asiste al nacimiento mismo de la inquietud, la atiza, la desvía y la desorbita. El héroe es torturado, desgarrado, aniquilado, en ese fiero forcejeo con Mefistófeles, que ¡ay! no está fuera de él, sino que es una parte de su propio ser, la negación que lo limita. Las distintas fases de la perenne agonía de Fausto con su finitud humana tal vez encierren la clave de esa diversidad de ritmo que marca el apogeo y la decadencia de la vida cultural de los pueblos. En el primer momento, Fausto se despierta. La inquietud ha encontrado ya su norte. Quiere conocer, más bien desconocer, sus propios límites. Llevándolos siempre más lejos, formula al fin la pregunta mefistofélica que le quema los labios. “¿Soy yo mismo un Dios?”, se pregunta Fausto. Sabe de sobra que no lo es, pero tan sólo con pensar en su posible divinización, “siento que se aumentan mis fuerzas, hiervo como un licor que fermenta, me siento con valor para exponerme al mundo... para luchar con la tormenta y despreciar los crujidos de mi buque”. La historia de una cultura empieza con esta fase —la primera de las tres que señala Toynbee a toda cultura— de fecunda inspiración, aurora prometidora en la que se eleva el nivel de los tiempos, surgen grandiosas creaciones místicas y metafísicas, y el hombre se lanza decidido a la conquista del doble imperio goethiano de las ideas y de las realidades. Viéndolas desde fuera, queda en la penumbra el secreto de su prodigiosa fecundidad, la genial inquietud de Fausto, resuelto a contemplar cara a cara al Espíritu, aunque le cueste la propia vida.

Pero el Espíritu es infinito y Fausto limitado. Cuando todo él se abre para abarcar en su plenitud al inaccesible Espíritu, comprende con desalentadora evidencia la enorme desproporción que hay entre su propio ser y el del Espíritu. Imposible apresararlo; la inspiración cede el lugar al miedo; Fausto, agotado por su mismo esfuerzo creador, huye medroso y encogido como un gusano. Empieza la segunda fase; la cultura se estanca; la fiebre creadora se extingue; la tradición pesa más que el

IDEAS DEL "FAUSTO" PARA UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

ansia del porvenir; se eclipsa el héroe intelectual y prevalece otra idea de "los mejores". Ahora tiene el hombre, cualquier hombre, a su alcance el espíritu objetivado por aquel impetuoso esfuerzo primero; pero por lo mismo que lo tiene ahí, materializado, es verdad, achicado para que quepa en las creaciones humanas, ya no lo busca con el frenesí de antes. Tiene que sacudir su apatía, no ya Mefistófeles, sino el mismo Espíritu. Su voz le llega a través de las dificultades de los tiempos, que de pronto se vuelven ariscos e ingratos. "La maldita materia, semillero de animales y de hombres", en la que, a pesar de los estragos de la muerte, siempre "circula una sangre fresca y nueva", le plantea problemas con los que necesariamente tiene que enfrentarse. El Espíritu le grita: "¡Qué mezquino terror se apodera de ti, criatura sobrehumana! ¿Dó está aquél pecho que se creaba un mundo dentro de sí, lo llevaba y lo mantenía con esmero; aquel pecho que se henchía con estremecimientos de gozo para encumbrarse al nivel de nosotros, los Espíritus?". Y todavía, para que ningún Fausto siga aletargado, este apóstrofe personal: "¿Dónde estás, Fausto, tú, cuyo acento llegaba hasta mí y que con todas tus fuerzas pugnabas por alcanzarme?"

Sólo un Fausto puede acabar con el escolasticismo que sigue a las épocas creadoras. De nuevo se levanta la llamarada. Mefistófeles la aviva desde la sombra. Un renacimiento llena la tercera fase. Su lema es: "¡Yo retroceder ante ti, engendro de la llama! Soy yo, soy Fausto, tu igual." De nuevo empieza a medir sus fuerzas con las del Espíritu. En el telar del tiempo, otra vez Fausto, en competencia con la naturaleza, va tejiendo "el viviente ropaje de la divinidad"; los hechos naturales se impregnan de sentido; como un pequeño dios, crea un nuevo mundo que no es ni sólo naturaleza, ni sólo espíritu, sino la fusión de los dos en la obra cultural humana. Pero otra vez también le detiene su propia finitud. Fausto se queda muy lejos de la ambiciosa meta que se ha señalado. Sobre su mundo el Espíritu deja caer este veredicto inapelable: "Te igualas al espíritu que tú concibes, no a mí." Hay un momento en que la cultura, por excesiva intelectualización, se anquilosa o, en términos de Spengler, se hace civilización. El ardor de Fausto se apaga y, anonadado, trata de rumiar su derrota. "¿No soy yo igual a ti? —se pregunta desorientado—. ¿A quién, pues? ¿Ni tan siquiera me igualo a ti?" La deificación del hombre, oculto resorte de toda la historia, aban-

donada apenas emprendida para empezarla de nuevo bajo otro aspecto, cuando se trata de conseguir por medios estrictamente humanos, termina siempre en esta trágica confesión de su impotencia que hace Fausto: "No; no me igualo a los dioses. Harto lo comprendo. Me asemejo al gusano que escarba el polvo y mientras busca allí el sustento de su vida, le aniquila y sepulta el pié del caminante."

No la hace, sin embargo, sino hasta después de haber galopado, como un corcel furioso, por todos los campos a que le lleva su inquietud. Le espolea Mefistófeles, cuya principal añagaza consiste en oponer vida y cultura para que el ansia de saber resulte antagónica al afán de vivir y viceversa. La "más elevada existencia" a que sin tregua aspira Fausto, se le aparece primero como conocimiento y, consiguientemente, libertad. Consagró muchas noches al estudio a la vacilante luz de la triste lámpara que humeaba sobre su pupitre, con la luna por único testigo de su tormento; uno tras otro fué devorando los polvorientos libros de cien estantes; quiero sorprender, sediento de verdad, en las cuencas de una calavera el secreto de la vida; a fuerza de palancas y tornillos trató de arrancar su velo a la naturaleza, misteriosa en pleno día... Cuando se pone a hacer el balance de todos esos afanes, sólo encuentra que sabe algo más que "todos esos estultos, doctores, maestros, escritorzueros y clérigos de misa y olla"; pero saber más que quien nada sabe, no es saber. ¿Puede llamarse sabiduría a esas mezquinas llamas que a fuerza de soplar consiguió sacar de un puñado de cenizas? Falla el esfuerzo intelectual porque antes, por su misma limitación, ha fallado el hombre. Harto de humo y podredumbre, cansado de traficar con palabras huecas. Fausto abandona la yerta claridad científica y acude a la oscura fe a ver si "mediante la fuerza y la boca del espíritu" se le revela al fin el arcano del universo, su trabazón íntima. Pero le faltan la fe auténtica "y el hijo mimado de la fe, que es el milagro". La tuvo en su niñez, pero se la robó la ciencia y ahora piensa que es recurso de hombres débiles. De lleno ya bajo la influencia de Mefistófeles, aunque aún no se le ha aparecido, prefiere la magia, que es su grotesca contrahechura; con conjuros cabalísticos aspira a conquistar a la naturaleza, como en nuestros tiempos lo hace, como por arte mágica, nuestra prodigiosa técnica, descoyuntada en la mente de los que la usan de todos sus principios. A espaldas de la razón, cuando no contra ella, Fausto se pone en comunicación con espíritus inferiores, que le transportan a un mundo visionario, en el

que vive en un estado de continua excitación sin poder jamás saciarla. No; tampoco es ese el camino. ¿Cuál, entonces? Si todas las puertas se le cierran, aún le quedan las de la muerte, que puede abrirlas a su arbitrio. En su desesperación piensa que, si se decide a forzarlas, "aún puede probar con hechos que la dignidad del hombre no cede ante la grandeza de los dioses". Ese suicidio, que milagrosamente no consuma, es el final lógico de todo el proceso: la ciencia, concebida al modo mefistófelico, que había extinguido la vida en torno suyo, que le había rodeado de "esqueletos de animales y de osamentas de muertos", acaba por destruirlo a él mismo.

Pero Fausto no quiere morir, sino vivir. Su despego de la ciencia le viene precisamente de que no sabe cómo dar salida a esas oleadas de vida que alborotan su corazón y estremecen todo su ser. Se olvida de que la razón y el saber son, como dice Mefistófeles, "las supremas fuerzas del hombre". Falla la ciencia y, en general, la cultura, cuando en vez de servir al hombre le esclaviza, porque en lugar de penetrar hondamente en su espíritu y ser como los cauces naturales de su actividad vital, se quede en la superficie y forme en ella una costra seca y sucia, bajo la cual pugne inutilmente la vida por abrirse paso. Fausto estuvo a un paso de la muerte; muchas culturas no tuvieron más remedio que darlo por haberse divorciado, como él, de la vida; se bizantinizaron; convirtieron en rígidas fórmulas hieráticas las que debieron ser flexibles y jugosas formas de la vida misma. Mefistófeles le obstruye por igual el camino de la vida y el de la cultura. La cultura sin vida de Fausto fué un mortal fracaso; la vida sin cultura que ahora está decidido a emprender, lo hubiera sido aún mayor, si a última hora un poder sobrehumano no le hubiera obligado a cumplir su destino.

Porque Fausto está resuelto —¿es acaso su caso único? ¿no es esa una de las principales raíces de la crisis cultural que padecemos?— a romper con la cultura y vivir furiosamente su vida, la que hasta ahora le estuvieron robando los libros, papeles, redomas y botes, en los que malgastó tantas afanosas vigiliás. Se ahoga en su gabinete de estudio, austero santuario de la cultura, que le parece ahora una mazmorra, un "excecrable y mohoso cuchitril". Un paseo por el campo le pone en contacto con la naturaleza y por un momento se adormecen sus ímpetus desordenados, sus turbulentos designios. Vuelve de nuevo a los libros. Pero pronto se le quiebra su sosiego; una parte de él mismo está ya en fran-

ca rebeldía; un conjuro le da apariencia visible; la inquietud, al cambiar de cuadrante, le ha escindido irremediabilmente en dos, y ante Fausto se presenta de manera visible Mefistófeles para ya no abandonarle nunca más.

Es su hora propicia. Fausto ya no soporta más "el tormento de la estrecha existencia humana". Está ya harto de trabas y frenos, de frutos que se pudren antes de cogerlos, de árboles que diariamente tienen que cubrirse de nuevo verdor para esconder su esqueleto leñoso y seco. Roto ya el hilo de su pensamiento, quiere apagar sus ardientes pasiones en los abismos de la sensualidad, lanzarse al bullicio del tiempo, zambullirse en el torbellino de los acontecimientos. Ahora que quiere vivir, comprende que "sólo por una incesante actividad se manifiesta el hombre". Pero ¿hacer qué? Al renegar de la razón y de la cultura ¿no habrá quedado imposibilitado para la acción? No hay vida humana sin trascendencia, nos recuerda Simmel con machacona insistencia. Fausto quiere hacer y no saber, pero como todo hacer tiene que estar inspirado y sostenido por un saber, si a éste lo reemplaza "el espíritu de la mentira", la acción es inconsistente, ilusoria, inútil. El héroe está a punto de hacerse vulgo; ya Mefistófeles sueña con hundirlo en "la trivial frivolidad". Es el momento crucial —¿qué hombre no lo ha conocido?— en que las fuerzas de la destrucción parecen poder más que las de la conservación. La nada parece que va a triunfar sobre el ser. También actúan en la historia corrientes suicidas, una morbosa ansia de vida que estúpidamente ciega sus mismas fuerzas; tal vez ninguna tan nociva como la que disgrega a las personas en el anonimato gregario y amorfo. Si el Fausto que había de vertebrar a todo un pueblo también se deshace en la banalidad cotidiana ¿quién hará andar a la historia? Ahora que Fausto no piensa más que en vivir, está más cerca que nunca de su total destrucción, la de su persona, la de su genio y la de su obra. Una dispersa actividad en vez de la obra singular y única; en vez del héroe irremplazable, uno de tantos. El primer consejo de Mefistófeles es que se haga igual a todos, que aprenda de la gente del pueblo "cuán fácil cosa es vivir". Cuando ve que Fausto le hace caso, ya no tiene la menor duda de que está perdido sin remedio.

Pero el pueblo tiene algo que hasta ahora Fausto no tuvo ni buscó. Toda la agudeza de Mefistófeles no logra impedir que lo encuentre Fausto, y así cae en la trampa que él mismo ha armado. Sus malinten-

cionados consejos, en vez de perder a Fausto, lo salvan definitivamente. Una vez más se encuentra con que el mal que él quería se transforma en un bien en el movimiento dialéctico de la historia. Lo que Fausto necesitaba para cumplir su misión era acercarse al pueblo, formar con él de hecho la unidad vital, como de la cabeza con sus miembros, a que le predestinaba su misma superioridad intelectual. Aquellos mismos pensamientos, que en la soledad le atormentaban al repercutir una y otra vez sobre él, cuando esté vitalmente unido con su grupo, se convertirán en poderosas palancas que muevan a los demás y a él le liberen de un peso abrumador. Su actividad ya no será un estéril braccar en el vacío, sino pulso de la historia.

Toda la dificultad está en fundirse con el pueblo sin perder su propia singularidad. Los primeros ensayos de Fausto son infructuosos, como el que hizo aquel día de Pascua en que sale con Wagner al campo. Y, sin embargo, el momento parecía oportuno. La alegría de la resurrección del Señor, reflejada en el rostro de los hombres y en el verdor de los campos, se le había metido en el alma y había cuajado en el propósito de permitirse ser un hombre. Ni un dios, ni un demonio, sino simplemente un hombre, bueno y a la vez malo como la misma naturaleza. Se mezcla con el pueblo, contempla sus danzas y cantos, bebe con un viejo aldeano, dialoga con unos y otros... y se retira más solo que antes. No logró salir de sí mismo; se quedó ausente y lejano dentro de la coraza de su condición superior; le faltó corazón; quiso suplirlo con la razón, que hacía aún más hondo el abismo que le separaba de los demás; hasta las mismas aclamaciones con que la muchedumbre le manifestaba su gratitud, al pasar por el tamiz de su crítica, se le volvían crueles sarcasmos. No, no es fácil que el héroe se humanice. Hasta que un día en una calle tropieza con Margarita, bien ajenos ambos a las consecuencias que para los dos iba a tener aquel casual encuentro. La profunda impresión que recibe Fausto aún no le saca de sí mismo; quiere entrar en el juego, pero, como un demagogo cualquiera, sin poner en él lo mejor de su persona; apremia a Mefistófeles para que rinda a Margarita, sin darse cuenta de que las negaciones de su equívoco compañero no tienen ningún valor hasta que él no se lo dé con sus afirmaciones. No sabe él todavía que su destino ya ha caído sobre él y le va a impedir que malogre esta ocasión única de cumplir, por fin, su misión.

Para Goethe, sobre la voluntad del hombre, y más sobre la del héroe, está siempre la misteriosa fuerza del sino.

“Lo que ha de suceder, suceda al instante”, clama impetuoso Fausto. Y sucede que “el dulce tormento del amor” se apodera de su corazón, que hasta entonces había vivido “del rocío de la esperanza”. Esperaba, tal vez sin él mismo saberlo, que su espíritu saliera de sí mismo y cobrara realidad y vida ante sus ojos y los de los demás; a sus sueños les sobraba espíritu y les faltaba carne, como al homúnculo del segundo *Fausto*; en el ocaso de su historia, las culturas suelen hacerse lentas y pesadas porque sus instituciones se sobrecargan de materia; en su aurora, por el contrario, el mayor riesgo es el de que sus principios no lleguen a encarnar. Por eso esperan despertar fe, suscitar la fervorosa adhesión de los hombres, conseguir que les entreguen la vida con la misma natural espontaneidad con que el agua corre pendiente abajo. Todo eso, imprescindible para que el héroe realice su obra, se lo da a Fausto “el dulce tormento del amor”. Cuando por arte mefistofélica entra en casa de Margarita, ve con extrañeza que allí no puede mandar ni apenas dar; la pobre y modesta niña, que no sale de su confusión al verse cortejada por tan alto señor, es mucho más rica que él, porque tiene fe y tiene amor. A los principios tuvo que recibir mucho más de lo que dió; ahora da mucho más que recibe. Su amor saca a Fausto de sí mismo y obliga a su espíritu a que, como impetuosa avalancha, se desborde y se objective; su fe prende en Fausto y él, el descreído, también canta a la Felicidad, al Amor, a Dios.

El héroe ha llegado a plena madurez y ya puede realizar su obra. En el tiempo irrumpe, para llenarlo con sus creaciones, la gran fuerza del amor, que purifica la ciencia y da sentido a la vida. La inquietud es ahora dichoso sosiego, actividad creadora, plena integración del hombre en la armonía de la naturaleza. Los años detienen su carrera y se encaraman los unos sobre los otros para contemplar esta dorada época en que los más altos valores caen en catarata sobre la tierra. Son los siglos de oro en que lo inaccesible se convierte en hacedero y lo inefable se expresa en palabras. Su estado espiritual es el que Fausto expresa en estas palabras: “Por muy caro que el mundo le haga pagar el sentimiento, en medio de la emoción es cuando el hombre siente profundamente la inmensidad.” De la inmensidad viven los pueblos en el cenit de su apogeo. Su grandeza épica les viene de que, como Fausto, buscan lo im-

IDEAS DEL "FAUSTO" PARA UNA FILOSOFIA DE LA HISTORIA

posible y tan sólo con intentarlo hacen retroceder los límites de la finitud humana. Con la tierra firme de sus creencias bajo los pies, en lo alto las estrellas enviándoles su mensaje providencial, en el pecho el eterno misterio de la agitación visible e invisible de la naturaleza, se ponen a realizar su obra, a regalar a los demás los rayos divinos, a crear, como si fueran Dios, todo un mundo, el de su propia cultura, en la que la posteridad encuentre paz, seguridad y alegría. Fausto y Margarita, el héroe y su pueblo, no tienen ya más que una sola órbita, que es la misma de la historia.

Con la diferencia, sin embargo, de que lo que en el héroe es ardor y creación, en el pueblo es dolor y pasión. Mientras Fausto vuela a la demoníaca orgía de la noche de Walpurgis, Margarita, oculta en las sombras de la catedral, oyendo empavorecida la fúnebre melodía del *Dies irae*, recorre su calle de la amargura. Tiene que pagar el privilegio de haber amado al héroe, de llevar en su mente el fruto de su espíritu. ¿Cuándo ha habido en la historia evolución sin revolución? ¿Qué nuevo modo de vivir no tiñó en sangre su cuna? Margarita está encadenada; le ata su propia limitación, la que lleva en su sangre y en su espíritu y la que, además, le imponen las monstruosas normas sociales que impiden su desarrollo. Cuando, por haberse elevado hasta la altura de Fausto, su espíritu ya ha emprendido el vuelo y va a comenzar su liberación, le ata a la tierra su condición social, todo ese cúmulo de adversas circunstancias que hacen problemáticos o ficticios sus derechos más elementales: el de vivir, el de contar en sociedad, el de entrar en el mundo del espíritu, en suma, el de alcanzar su propia plenitud humana. A Margarita se le niegan o se le discuten; no le queda más que el deber de amar y sufrir.

Es que de la persona de Fausto pasa a su obra la sombra mefistofélica. En la historia, el bien está indisolublemente ligado al mal. Y una de las más terribles señales de su presencia es esa corriente de dolor, subterránea o a la vista, tan impetuosa a lo largo de toda ella. Fausto no se puede explicar esa alquimia, incomparablemente más misteriosa que la que él profesaba, que convierte el amor de Margarita en dolor, su apasionada entrega a la persona y a la obra del héroe en miseria, en desesperación, en extravío, en cárcel. Al dar de bruces con estas consecuencias de su propia obra, Fausto se revuelve airado contra Mefistófeles, como si no hubiera sido él mismo el seductor de Margarita. No le duele haber despertado en ella el amor; por él salió de su estrecho

mundo banal y se entró de rondón en la historia. Le duele su irreparable desventura, verla víctima de la rígida justicia humana. Claro que siempre ha sido así, como le recuerda Mefistófeles en plan de cínico usufructuario del desorden humano; pero ¿es que la misión de Fausto no consiste precisamente en oponer a ese desorden un nuevo orden? ¿Es que él no trae un nuevo concepto del hombre, de la justicia, de las normas de la convivencia humana? Piensa él que la mortal angustia con que se retuerce un alma como la de Margarita debiera ser más que suficiente "a los ojos de Aquel que eternamente perdona", para impedir que se hundan en tal miseria millones como ella. Decide salvarla, terminar del todo su obra, cueste lo que cueste. Y la salva, efectivamente, pero no como él piensa. La presencia de Fausto, la convicción íntima del triunfo de los nuevos principios, basta para liberarla por dentro, para que salga en espíritu de la cárcel dura y fría en que, antes de su prisión, un mundo lleno de injusticia la había encerrado. Con su holocausto triunfa definitivamente la nueva idea de la justicia. No ahora, sino antes, cuando no conocía al héroe, era débil y prisionera; ahora que está realizando su misión, su debilidad es tanto o más acerada que la fortaleza del héroe; ya ha roto sus cadenas, porque ya ha asumido plena y conscientemente su destino. No más mendigar, no más vagar por tierras extrañas. En el silencio de la tierra, callada como una tumba, se alza, vibrante y victoriosa, su voz libertadora; con su último grito despunta el alba; el nuevo día será el reino del hijo de Fausto y Margarita, milagrosamente devuelto a la vida.

Al salvar a su obra, Margarita salva a Fausto. A la postre, el pueblo —"los pueblos de Dios"— es quien hace inmortales a sus héroes, infligiendo a Mefistófeles su última y decisiva derrota, la de ver que ni el tiempo, su postrer aliado, borra su memoria. Fresca y viva, es como el pan tierno y dorado que come todos los días. Cuando parezca que va a acabarse, traerá su provisión otro Fausto y con él recomenzará de nuevo la historia. Su opaca y yerta superficie siempre estará alumbrada por la suave claridad de la estrella de algún Fausto, tanto más hermosa, cuanto más lejana.

JOSÉ M. GALLEGOS ROCAFULL